

LAWRENCE EN OAXACA

LA ESTANCIA EN MÉXICO DE D.H. LAWRENCE ES UNO DE LOS periodos menos documentados de la vida del escritor inglés. De los tres viajes que hizo a México a mediados de la década de los 20, el tercero fue el más prolongado. Entre noviembre de 1924 y febrero de 1925 vivió en la ciudad de Oaxaca acompañado por su mujer Frieda y por Dorothy Brett. Este periodo es el objeto de estudio de *Lawrence en Oaxaca*, biografía hábilmente traducida cuya edición original en inglés se publicó en 1984. Durante mucho tiempo la vida de Lawrence ha atraído la atención de numerosos biógrafos, fascinados por la intensidad tormentosa de su peregrinación vital que lo llevó a todos los continentes con excepción de África.

Nunca se resaltará demasiado la importancia del continente americano en esta odisea: el visionario dentro del novelista había llegado a creer que la decadencia de la cultura europea, patente en la destrucción de la Gran Guerra, daría lugar, a través de una muerte apocalíptica de la mentalidad blanca, a un renacimiento de las antiguas y olvidadas fuentes del ser que escondían una vida más plena e integral. La nueva "conciencia de la sangre" nacería, según el autor, en el continente americano en forma de un resurgimiento de las antiguas creencias religiosas, anteriores al cristianismo. La gran novela americana que expresaría este cambio fue titulada inicialmente *Quetzalcóatl*. Se llamó finalmente *La serpiente emplumada* y Lawrence la consideró su mejor novela, por un tiempo al menos.

El libro de Parmenter es una minuciosa reconstrucción de los días pasados en Oaxaca, aunque también se toman en cuenta el periodo mexicano en su totalidad y, en menor medida, otros momentos de la vida y la obra del escritor. Así se va tejiendo una densa red de información que tiene su centro en Oaxaca. El biógrafo se propone, en primer lugar, dibujar el contexto histórico y político de Oaxaca en 1924. Hay un retrato muy extenso del general Manuel García Vigil, gobernador de Oaxaca desde 1920, cuando subió al poder con Obregón, hasta 1923, cuando fue fusilado por su participación en la rebelión delahuertista. Isaac M. Ibarra, caudillo del movimiento soberanista, ocupó la gubernatura entre marzo y diciembre de 1924, mes de las elecciones (tachadas de fraudulentas) en las que Onofre Jiménez derrotó a José Vasconcelos. En este ambiente de inestabilidad política y violencia Lawrence llegó a Oaxaca en noviembre de 1924. Por los oficios de Genaro Estrada —a la sazón subsecretario de Relaciones Exteriores y presidente de la filial mexicana del PEN, y quien había organizado una cena en la capital para dar la bienvenida al novelista inglés— Ibarra recibió a Lawrence en una entrevista que no pudo recordar —para exasperación de

Parmenter— 40 años después. Por cierto, Estrada escribió una breve semblanza de Lawrence en 1925 (no registrada por Parmenter) en la cual asegura que la novela todavía inédita sobre México contendrá "un México como nunca antes se había conocido".

Los capítulos de ambientación ofrecen una descripción muy completa de la colonia extranjera de Oaxaca. Esta colonia estaba compuesta principalmente por norteamericanos: administradores de minas, ingenieros de los ferrocarriles, misioneros presbiterianos y los huéspedes del Hotel Francia; pero también están el dentista suizo Kull y su mujer, y el fascinante padre Edward Rickards. Este último, hijo de un anglicano escocés (propietario de minas), era un sacerdote católico educado en Inglaterra, y fue el casero y amigo de los Lawrence durante su estancia en la ciudad.

Completan el reparto los personajes mexicanos, entre ellos el ya mencionado Estrada, y el joven poeta estridentista Luis Quintanilla (el modelo para el personaje Mirabal en la segunda versión de la novela), con quien Lawrence se carteaba y para quien llegó a reescribir un ensayo en inglés. Entre los personajes menores: Manuel Maples Arce, despreciado por Lawrence en un *desaire* que causó la ruptura de su amistad con Quintanilla. Hay dos personas que el autor nunca llegó a conocer en persona, aunque juntos iban a proporcionar el modelo para el personaje de don Ramón en *La serpiente emplumada*: el entonces secretario de Educación Pública, José Vasconcelos, y el arqueólogo Manuel Gamio quien acababa de excavar, unos años antes, la pirámide de Quetzalcóatl en Teotihuacán. Por último, el indio Rosalino, el mozo que los Lawrence heredaron del padre Rickards. Igual que el personaje principal de tres de los relatos de *Mañanas de México*, Rosalino es visto como un prototipo que representa la impenetrable otredad del indio mexicano, una otredad que era, para Lawrence, una fuente de fascinación y repulsión.

En dos capítulos de su libro ("El mercado" y "Otra caminata a Huayapan") Parmenter retrasa los pasos del novelista en dos de sus relatos sobre Oaxaca. Si bien destaca la extraordinaria precisión y detalle de las descripciones de Lawrence, quien no tomaba notas en sus andanzas sino que recreaba todo basándose en la memoria y la imaginación, la lupa del biógrafo parece mal enfocada a veces, por ejemplo, cuando habla de "distorsiones" (p. 94) y "errores" (p. 153) en los retratos y las estampas de *Mañanas de México*, como si estos textos aspiraran a un valor de verdad objetiva, como si el lector los leyera para descubrir una imagen irrefutable de México en lugar de una verdad subjetiva del autor. Una cosa es criticar los

prejuicios del autor (que abundan en este caso y son a veces lamentables); otra es adjudicarle metas que nunca se propuso.

Si los capítulos sobre *Mañanas de México* no satisfacen por lo que parece ser un enfoque inadecuado, el biógrafo regresa a su territorio predilecto en el largo capítulo sobre las complejas y tensas relaciones que existían entre el novelista, Frieda y Brett. Este extraño triángulo, compuesto por dos mujeres de ascendencia aristocrática, ambas enamoradas de Lawrence (el de Frieda, un amor total, aunque con problemas; el de Brett, un amor intensamente espiritual), termina en una dramática ruptura cuando Frieda obliga a Lawrence a despedirse de la mujer inglesa que se había autodenominado "secretaria" del escritor. La ruptura afectó al novelista seriamente ya que sentía cierta lealtad espiritual y moral hacia Brett, la única persona que había aceptado su idea de fundar una comunidad utópica (Rananim) en el continente americano. Se maneja una amplia documentación aquí (las elocuentes memorias de Brett y las más o menos explícitas de Frieda, además de la abundante correspondencia del novelista) y las interpretaciones de Parmenter son convincentes. Hay, además, un fascinante retrato de cómo veía al escritor la población local: cuando pasaba cerca este hombre exageradamente delgado con barba roja, los indios murmuraban el nombre de Jesucristo.

De hecho, una rigurosa investigación de la vasta correspondencia de Lawrence en estos años le ha permitido al biógrafo reconstruir las difíciles y a veces conflictivas relaciones del autor con otras personas, entre ellos sus editores. Asimismo, el uso inteligente de las libretas de apuntes y de los mecanoscritos del novelista permite llegar a interesantes conclusiones acerca de la cronología de los textos escritos en Oaxaca y también de la importancia de las revisiones textuales posteriores. Además, se incluye aquí un hallazgo interesante: un texto inédito que ayuda a comprender la evolución de la metafísica erótica y religiosa lawrenciana en este periodo (pp. 287 - 288).

Del análisis anterior se desprende que el lapso de más de tres meses que pasó Lawrence en Oaxaca fue uno de los más prolíficos de su vida. No sólo terminó una segunda versión de su novela mexicana sino también escribió los textos de *Mañanas en México* y otros muchos cuentos y ensayos, incluyendo una novela inconclusa ("El pez volador"). Esto sorprende al recordar que su estancia en Oaxaca se desarrolló en medio de relaciones conflictivas y, al final, de graves enfermedades (un resurgimiento del paludismo contraído en Ceilán junto con la tuberculosis), todo lo cual resultó en una "huida" del país.

Uno de los capítulos finales de este voluminoso libro contiene una detallada descripción de las extensas revisiones textuales de las dos versiones de *La serpiente emplumada*. En el verano de 1923 Lawrence había redactado un primer borrador de la novela en Chapala; a finales de 1924, en su tercer viaje a México, terminó una segunda versión en Oaxaca. Los cambios son múltiples: el borrador de Chapala consta de 19 capítulos, contra 27 de la versión de Oaxaca. Por lo visto, el autor sintió la necesidad de arraigar su extravagante e improbable trama en el suelo palpable de la realidad histórica y política de México con el objeto de hacer más creíble la idea de un resurgimiento de una religión autóctona basada en el culto a los dioses Quetzalcóatl y Huitzilopochtli. En este sentido, la segunda versión introduce figuras históricas como Calles, bajo el nombre del personaje Montes.

En la versión oaxaqueña se introducen varios personajes

nuevos y hay ampliaciones de los principales. Entre los nuevos aparece un José García (inspirado en Miguel Covarrubias y Genaro Estrada) que lleva a Kate a ver los murales de Rivera y Orozco en la ciudad de México. También están documentadas aquí las probables fuentes de información de Lawrence sobre mitología náhuatl. Es obvio, sin embargo, que el escritor se apartó de sus fuentes cuando le convenía: Parmenter es convincente al afirmar que "el quetzalcoatlismo de *La serpiente emplumada* puede ser dudoso en cuanto a su mesoamericanismo, mas no es dudosamente lawrenciano" (p. 353). Es en la segunda versión donde se ensancha toda la liturgia ritual asociada con la nueva religión (los sermones en prosa y los himnos religiosos escritos en versículos). Al parecer, el borrador de Chapala tenía sólo 130 líneas de verso y pocos elementos ceremoniales. El autor tuvo pues que crear una muestra de una literatura religiosa para que el culto fuera más que una idea inverosímil. Si se piensa que Lawrence no contó más que con las traducciones de poesía prehispánica existentes en inglés (probablemente las de Brinton) y los recuerdos de los himnos protestantes escuchados en la niñez en Inglaterra, entonces se puede apreciar algo de lo logrado en estos textos que están muy cercanos a la poesía profética de Blake.

En Lawrence parece imposible trazar una línea divisoria entre vida y arte: no sólo coexisten el artista y el predicador sino que se vuelven casi inseparables. Tal vez ningún escritor del siglo XX esté más lejos del ideal flaubertiano de una estética del distanciamiento. Para Lawrence la función del arte es esencialmente moral: debe revelar o provocar un cambio en la vida. El peligro de todo moralismo es la tentación didáctica y dogmática. En este sentido cualquier acercamiento biográfico a Lawrence corre el riesgo de verse obligado a apelar a las creencias del hombre para justificar el arte del escritor; creo que el libro de Parmenter no es la excepción.

La investigación biográfica es admirable y ofrece mucha información nueva sobre el periodo mexicano de Lawrence. Sin embargo, me parece demasiado generosa la evaluación de *La serpiente emplumada* como producto estético. Esta novela tan controvertida ejemplifica la intrusión directa de una metafísica previamente elaborada que debilita considerablemente su valor literario: se acerca peligrosamente a una novela de tesis. No es el diagnóstico —la decadencia de la civilización occidental con todos sus valores— lo que provoca dudas sino la solución propuesta: una nueva teocracia militar, autoritaria, violenta y rigidamente jerárquica. No es extraño que esta receta visionaria haya resultado inaceptable para muchos lectores. Como si la fuerza de la visión mesiánica del profeta hubiera ahogado al artista. Hay, por supuesto, muchas escenas que se salvan. Las descripciones del mundo natural son, como siempre en Lawrence, de una extraordinaria intensidad y belleza; también son admirables los intentos de explorar capas desconocidas de la psique y romper barreras mentales en busca de una auténtica libertad; y se destacan, por supuesto, los himnos religiosos ya comentados.

Pero estas discrepancias en cuanto al problema del valor estético de la novela más ambiciosa del autor no invalidan los logros y aciertos de este estudio biográfico del tiempo mexicano de D.H. Lawrence. Por la cantidad de información sobre la estancia del novelista en México este libro está destinado a ser un punto indispensable de referencia para los que quieren seguir las huellas de este viaje literario y espiritual.